

Amancio Prada
Cántico Espiritual
y otras canciones de San Juan de la Cruz

Pinturas de Víctor Ramírez. Prólogo de Gemma Gorga
Textos de María Zambrano y Gerald Brenan



Vaso Roto / Ediciones

Cántico Espiritual

y otras canciones de San Juan de la Cruz

1 SIN ARRIMO Y CON ARRIMO

(San Juan de la Cruz / Quesia Bernabé – Amancio Prada)

2 LLAMA DE AMOR VIVA

(San Juan de la Cruz / Amancio Prada)

3 LA FUENTE QUE MANA Y CORRE

(San Juan de la Cruz / Amancio Prada)

4 EN UNA NOCHE OSCURA

(San Juan de la Cruz / Amancio Prada)

5 VIVO SIN VIVIR EN MÍ

(San Juan de la Cruz / Amancio Prada)

6 DEL VERBO DIVINO

(San Juan de la Cruz / Amancio Prada)

CÁNTICO ESPIRITUAL

(San Juan de la Cruz / Amancio Prada)

7 ¿Adónde te escondiste?

8 ¡Oh bosques y espesuras!

9 Mil gracias derramando

10 ¡Ay, quién podrá sanarme!

11 ¡Vuélvete, paloma!

12 Entrado se ha la esposa

13 ¡Oh ninfas de Judea!

14 La blanca palomica

15 ¡Gocémonos, amado!

PALABRAS DE MARÍA ZAMBRANO

Desde que las Artes se separaron ganando independencia, se quedó la palabra, pensamiento, poesía, sin voz. Encontró la música las liturgias tradicionales y, mientras, la palabra encontró la libertad y el camino propio. Y así las obras maestras de la poesía no han encontrado ni siquiera aproximadamente la voz a ellas debida, salvo en alguna rara excepción. El esplendor de la ópera es a costa de la pobreza y hasta de la humillación de la palabra poética.

Antes, en la Grecia Antigua, el pensamiento se cantaba y hasta se enseñaba a leer acompañándose de la lira. Poemas cantados eran los textos fundamentales del pensamiento filosófico —Parménides— en unidad íntima. Y la oración, ya en el orbe católico, había de ser dicha en alta voz. Y los suspiros y el llanto del éxtasis eucarístico se oían juntamente con el rumor humano de la plazoleta. Y el gorjeo de los pájaros se escuchaba entreverado por el grito de dolor que salva de la angustia. Y así en el *Cántico* de San Juan de la Cruz cantado por Amancio Prada viene a suceder. Donde se oyen los silencios de la noche de Segovia, de aquella noche única, nacida de la memoria enamorada. El fluir del tiempo transparente donde se da el poema, cima de la poesía en nuestro idioma, cima universal pues. Ni una sola palabra se nos pierde allí donde se da a conocer privilegiadamente en su milagroso presente. No se pierde en la hermosura, no se embriaga en la voz ni un instante. Música y voz no aparecen, pues, añadidas, sino extraídas del poema mismo. Nupcias de palabra y musicalidad. Y algo más inaudible sin duda. Nupcias celebradas allí, en las “subidas cavernas de la piedra”, “al monte y al collado do mana el agua pura”. Alguna gota de esa agua bebida de ese secreto manantial vivifica este canto de Amancio Prada.

MARÍA ZAMBRANO

Ginebra, enero de 1982

CARTA DE GERALD BRENAN

Distinguido amigo:

Escribo para agradecerle el disco que me ha mandado de *Cántico Espiritual*. Le pusimos en nuestro Hi Fi, mi sobrina y yo, y estuvimos escuchando. Produjo una impresión extraordinaria, una renovación de la esencia del poema que habíamos perdido a consecuencia de estudiarlo tanto cuando yo escribía sobre él y mi sobrina traducía los versos. Las melodías me parecieron hermosísimas. No entiendo mucho de música y por eso no puedo calificar mejor, pero estuve en un estado de tensión hasta que el disco se terminó. Su interpretación musical de los versos me parecieron muy justas. Ha hecho Vd. una obra grande y de mucha transparencia.

Ya he escuchado su Cántico dos veces y lo pondré otra vez dentro de algunos días. Perdona que escriba tan mal. Tengo 84 años de edad y no tengo la cabeza bien.

Agradeciéndole mucho el placer y deleite que Vd. me ha dado.

GERALD BRENAN

10 de febrero de 1978

Cañada de las Palomas. Alhaurín el Grande (Málaga)

PRÓLOGO

Cantava l'auçell en lo verger de l'amat. Vench l'amich, qui
dix a l'auçell: —Si no ens entenem per lenguatge, entenam-
nos per amor.

RAMON LLULL, *Libre d'amic e amat*

Cantaba el pájaro en el vergel del amado. Vino el amigo,
que dijo al pájaro: —Si no nos entendemos por lenguaje,
entendámonos por amor.

RAMON LLULL, *Libro de amigo y amado*

Recuerda el *Eclesiastés* que hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar. Las antítesis resultan de lo más cómodas y habitables, siempre y cuando nos avengamos a ignorar el vasto territorio pantanoso que se extiende entre los dos extremos. Lo incómodo no es el blanco ni el negro, sino el gris. Bien mirado, existen muchos otros tiempos en los que no cabe callar ni hablar. Nadie tan consciente como el místico, que transita por esos territorios intermedios con su doble imposibilidad a cuestas: ni puede mantener en silencio la experiencia que lo ha estremecido, ni tampoco comunicarla con las palabras habituales. Ni callar, ni hablar. *Neti, neti* (“no es esto, no es esto”), como repiten los sabios hindúes a la zaga de los *Upanishads*. No estamos ante un cruce en el que haya que optar por la derecha o por la izquierda, sino ante un laberinto tridimensional. Y ya se sabe que la mejor manera de salir del laberinto no es mediante el hilo, sino mediante el vuelo. San Juan de la Cruz, experto en huidas y precipicios desde su encarcelamiento en Toledo, da un salto audaz y va a caer en la poesía:

mas, por ser de amor el lance,
di un ciego y oscuro salto,
y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Empecemos por el verbo, a la manera evangélica. ¿Qué significará, a estas alturas, la palabra *mística*, después de tanto rodar caprichosamente de mano en mano? Como una moneda gastada por el uso, *místico* parece tener el valor que cada cual quiera darle. El problema es que, a mayor apertura, mayor imprecisión. Ni San Juan de la Cruz ni sus contemporáneos emplearon esta palabra como sustantivo, sino como adjetivo. En los comentarios en prosa que escribe a sus tres grandes poemas —el *Cántico Espiritual*, la *Noche oscura* y la *Llama de amor viva*—, el carmelita se refiere varias veces a la *inteligencia mística* y a la *teología mística*, y en seguida aclara que es aquella “que llaman los teólogos sabiduría secreta, la cual se comunica e infunde en el alma por amor”.¹ He aquí una definición limpia y cabal, que reúne los dos ingredientes esenciales del fenómeno. En primer lugar, su carácter misterioso y oculto (así lo da a entender la raíz griega “μ”, que significa cerrar los ojos y la boca), porque por mucho que Dios ande entre los pucheros, no todo el mundo puede —o quiere— acomodar la mirada a su luz. Y porque incluso quienes han recibido el toque numinoso confiesan andar con la razón a ciegas, desconcertados e incapaces de comprenderlo:

Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

En segundo lugar, esta ciencia se alcanza únicamente por amor, y no mediante complejas operaciones intelectuales, “porque sólo el amor es el que une y junta al alma con Dios”.² Y así como nadie